LA TRADUCCIÓN DE LOS NOMBRES PROPIOS EN *MADAME BOVARY*

CRISTINA ADRADA RAFAEL

Uno de los problemas teórico-prácticos con los que se enfrenta el traductor es el tratamiento de los nombres propios; teórico, porque no se han podido especificar aún claramente las reglas de su comportamiento y, práctico, porque como consecuencia de lo anterior, los diferentes traductores, al intentar solucionar el problema, aplican reglas muy personales.

La traducción de estos nombres raras veces responde a criterios arbitrarios. A través de ellos, no sólo se aporta una información al texto, ya sea geográfica, temporal, cultural, etc. sino que transmite también una opinión –personal o ajena– sobre los fenómenos o personalidades que se dan cita en el mismo.

En el trabajo que aquí presentamos, vamos a intentar realizar, tomando como base la obra de Flaubert, *Madame Bovary*, un acercamiento a esta problemática a la que se enfrenta el traductor cuando vierte su obra para el lector de una época determinada. No pretendemos reflejar sólo una mera casuística sino analizar cuál ha sido el criterio que ha guiado a algunos de los traductores de este clásico de la literatura francesa.

Estamos aquí ante un campo, el literario, en el cual el tratamiento de los nombres propios aparece mediatizado por la intención o espíritu del autor. Es éste el rasgo principal que marca la diferencia entre un texto cualquiera y un texto literario. En este último, todos y cada uno de los elementos que lo componen forman parte de un todo, de un conjunto de intenciones. Las descripciones se introducen en la narración y tienen la finalidad de participar en el mundo narrado. Lo mismo ocurre con los nombres propios. En éstos hay una intención interlocutiva que no se da en los textos no literarios, a los que sólo guía un deseo informativo.

Ateniéndonos a esta función comunicativa que desempeñan en el texto los nombres propios, diferenciaremos entre nombres propios y nombres comunes. Mientras que estos últimos poseen un significante y un significado, que Bernárdez[1] denominará extensión e intensión respectivamente, aquéllos no poseen significado, están exentos de semántica o, lo que es lo mismo, privados de intensión. Esto es lo que ha llevado a algunos autores a tratarlos como meras etiquetas, pero en verdad esto no es así. Lo que ocurre en realidad es que a menudo son índices de cultura. Un claro ejemplo lo encontramos en los topónimos. Cuando leemos el nombre de París, no se nos ocurre sustituirlo por Madrid o Londres, pues es un término que asociamos a una ciudad situada en un punto geográfico determinado, con una configuración específica y unas características propias.

Reconocer un nombre propio por su envoltorio exterior puede llegar a ser tarea dificultosa en todas las lenguas. No hay nada que nos indique que un determinado conjunto de fonemas constituye, al agruparse, un nombre propio. Es verdad que, en muchas lenguas, nos guiamos por el uso de las mayúsculas, pero otras carecen de tal procedimiento, como sucede en chino donde no hay diferencia formal entre el nombre propio y el nombre común. En un idioma más cercano a nuestro entorno, como es el alemán,

[1] Enrique Bernárdez: «El nombre propio: su función y traducción», en *Problemas de la Traducción*, Madrid, Fundación Alfonso X el Sabio, 1987, p 14.

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes

también esta categoría se presta a confusión, pero, esta vez, por lo contrario (como sabemos, además de los nombres propios, todos los sustantivos comienzan por mayúscula).

En otras lenguas, como el georgiano, este asunto resulta más complicado. Los nombres propios son, en apariencia, iguales al resto de las palabras y no puede establecerse entre ellos distinción gráfica alguna; aunque para los nativos de estas lenguas el significado de aquéllos es fácilmente reconocible, no es tarea sencilla para un traductor. Existen afortunadamente en muchos idiomas elementos indicadores de esta categoría: el *-san* que acompaña a los textos japoneses o bien otros elementos equivalentes que hacen un papel introductorio: el río tal, el pueblo o la ciudad de...; y refiriéndonos a personas, formas como *Herr, Mister, Monsieur* o Señor *X*.

En el *Esbozo de una nueva Gramática de la Lengua Española*[2] se reconoce que es difícil fundamentar la distinción entre nombre propio y nombre común con criterios gramaticales «probablemente porque nada tiene que ver con la gramática». En efecto, no es con la gramática con la que tenga relación, sino con la lengua, o mejor dicho «con las lenguas» ya que se trata de una cuestión que atañe directamente al ámbito de la intercomunicación y de las transferencias lingüísticas.[3]

No son muchos los que se han planteado teóricamente esta cuestión. Citamos en nuestro entorno a Enrique Bernárdez, Esteban Torre o Jesús Cantera,[4] mostrándonos todos ellos la complejidad de la misma. Las opiniones respecto a este tema son diversas:

Juan Luis Vives[5] es tajante:

> Los nombres propios de persona o de lugares deben pasar de una lengua a otra sin alteración (y no cambiar en razón de su significado). Así, no se ha de traducir Aristóteles por «Mejor fin» ni Platón por «Ancho» ni Israel por «Suplantador». De hecho, los griegos y los romanos dejaron los nombres extranjeros en su forma original (*in sua origine ac natura*), adaptándolos ligeramente a las características de su lengua.

Estos principios siguen siendo válidos y aceptables en el día de hoy.

Cortés Vázquez[6] dice también que cuando San Jerónimo traducía la Biblia, sabía perfectamente que Débora quería decir en hebreo «abeja», Susana «azucena» y que Isaac equivalía a «risa», pero era, así mismo, consciente de que, en estas palabras, en cuanto nombres propios, se había llegado a perder la conciencia de su significado en hebreo y no se le ocurrió en ningún momento darles sus equivalentes latinos. Aquí interviene otro factor importante, el de la «transparencia» del nombre que, como señalara Bernárdez, haría factible la traducción del mismo, ésta, sin embargo, no siempre se producirá, como ya veremos.

Lo cierto es que, en la práctica de la traducción, encontramos autores que traducen

---

[2] RAE, 1973, p.172.

[3] Esteban Torre: *Teoría de la traducción literaria*, Madrid, Síntesis, 1994, p. 101.

[4] Jesús Cantera: «La problemática de los nombres propios en la traducción del francés al español», en *Problemas de la Traducción*, o. cit, pp. 23-31.

[5] Juan Luis Vives: «Versiones seu interpretationes», *De ratione dicendi*, en *Joannis Ludovici Vivis Valentini Opera Omnia, distributa et ordinata in argumentorum classes praecipuas a Gregorio Majansio*, tom. II, Valentiae Edetanorum, In officina Benedicti Monfort, pp. 234-235, en E. Torre, o. cit.

[6] L. Cortes Vázquez: «¿Se han de traducir los nombres propios?», en *Problemas de la Traducción*, o. cit, pp. 33-40.

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes

ciertos nombres propios y otros no. Más que una cuestión de gusto personal, puede deberse a una influencia del criterio predominante en la época, por ello, decíamos al comienzo de nuestra comunicación, que, más que un criterio arbitrario, podría ser un condicionamiento que le viene impuesto al traductor del exterior.

Es importante distinguir entre los nombres tomados de la vida real o de figuras históricas y los personajes literarios o de ficción. Si se trata de papas, reyes, príncipes, santos y personajes de fama universal, es normal su traducción,[7] si bien, siempre dependerá de las peculiaridades de cada lengua: por ejemplo, los ingleses dirán Juan Carlos al referirse a nuestro rey, mientras que nosotros hablamos siempre de Isabel, Carlos y Diana a la hora de nombrar a su familia real. Los títulos aristocráticos también se traducen si tienen equivalente en la lengua meta. En cuanto a los demás personajes tomados de la vida real no presentan mayores problemas, si no tienen traducción en otra lengua no se deben traducir. (A nadie se le ocurre traducir apellidos como De la Torre, Herrero o De la Fuente, lo cual sería perfectamente correcto desde el punto de vista lingüístico, pero que despertaría un sentido ya olvidado en la lengua original).

Por citar ejemplos conocidos por todos, vayamos al mundo del cine o de la música: no traducimos el nombre de Humphrey Bogart o el de John Travolta ni los extranjeros el de Julio Iglesias. Como mucho, lo que hacemos es leerlos adaptando su pronunciación a nuestro sistema articulatorio.

Tras estas ideas generales, pasemos a analizar cómo se presenta este problema en la obra de Flaubert.

En la novela, asistimos a la evolución de la vida sentimental de Madame Bovary, narrada a la par con la historia de su marido, Charles Bovary, quien aparece descrito desde su infancia hasta su muerte, pasando por sus estudios, su carrera como doctor, sus matrimonios y su papel como hijo, marido y padre. Los múltiples desplazamientos que por su profesión realiza Monsieur Bovary, provoca la aparición de muchos lugares y personas diferentes. En *Madame Bovary* hay más de 150 antropónimos, alrededor de 140 topónimos y se superan los 50 nombres que denominaremos «otras formas onomásticas», siguiendo la terminología de E. Torre. Nos ha parecido adecuado establecer estas tres categorías generales para facilitar la búsqueda de unas determinadas pautas de traducción.

No pretendemos solucionar la problemática, puesto que sería imposible en un texto literario dada la amplitud de criterios, pero por lo menos sí presentar el estado de la cuestión en nuestro caso concreto, en el que, como advertirá el lector, no hay unanimidad. Hemos llevado a cabo el análisis de la mayoría de las traducciones de la obra de Flaubert, pero hemos elegido cuatro de las más modernas que, a pesar de su proximidad cronológica, presentan diferencias significativas.

Dentro del problema de la traducción de los nombres propios, el caso de los antropónimos es quizá el más complicado. La regla general nos dice que los nombres de pila pueden traducirse cuando tienen correspondencia en la lengua meta, mientras que los apellidos permanecen en la lengua original.[8]

Hemos seleccionado unos extractos en los que figuran algunos de los nombres propios más significativos de la novela.[9] Fijémonos primero en los nombres de persona. (Dejaremos para otra ocasión la cuestión del trato que reciben términos como *mon-*

[7] E. Torre, o. cit., p. 103.

[8] E. Bernárdez, art. cit., p. 11.

[9] La edición utilizada es *Madame Bovary*, París, Booking International, 1993 (Coll. Classiques Français).

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes

sieur, madame, maître, porque nos adentraríamos en otro campo muy interesante pero bastante complejo y nos alejaríamos de lo que ahora nos ocupa).

En el ejemplo que tenemos a continuación, vemos que todos los nombres, exceptuando el de Emma, que tiene la misma forma en francés que en castellano, han sido mantenidos en francés por la mayoría de los traductores. Sin embargo, Carrier Vélez, ha optado por castellanizarlos. Observamos pues que el uso tiende a dejarlos cada vez más en su forma primitiva y reconocemos que su forma castellanizada choca y sorprende al tratarse de un texto original extranjero y ambientado en una sociedad distinta, que en este caso es la francesa. Poco a poco se va abandonando esa costumbre de traducir los nombres propios y se tiende a ser fieles a las formas originales.

> Emma *descendit la première, puis* Félicité, *Monsieur* Lheureux, *une nourrice et l'on fut obligé de réveiller* Charles *dans son coin, où il s'était endormi complètement, dès que la nuit était venue.*[10]
>
> Léon *réapparaissait plus grand, plus beau, plus suave, plus vague.*[11]
>
> *Monsieur* Rodolphe Boulanger *avait trente-quatre ans, il était de tempérament brutal et d'intelligence perspicace, ayant d'ailleurs beaucoup fréquenté les femmes, et s'y connaissant bien.*[12]

La numeración que corresponde a cada traductor es la siguiente:
(1) Joan Sales, Planeta, 1992;
(2) Juan Bravo, col. Austral, Espasa-Calpe, 1993;
(3) C. Martín-Gaite, Orbis, 1994;
(4) Jorge Carrier Vélez, Edicomunicación, 1994.

Emma: Emma (1)(2)(3)(4); Félicité: Félicité (1)(2)(3) / Felicidad (4); Lheureux: Lheureux (1)(2)(3)(4); Charles: Charles (1)(2)(3) / Carlos (4); Léon: Léon (1)(2)(3) / León (4); Rodolphe Boulanger: Rodolphe Boulanger (1)(2)(3) / Rodolfo Boulanger (4).

Sabemos que la imaginación de Flaubert se inspiró en un caso real, protagonizado por Eugène Delamare, oficial de sanidad y antiguo alumno de su padre, y su mujer, Delphine Couturier. Sabemos también que todos los demás personajes han existido y han sido tomados de este caso: la hija, el amante, el farmacéutico, el pasante... Tanto el suceso como el libro tienen idéntico final. Sin embargo, desconocemos en donde pudo inspirarse Flaubert para dar nombre a sus personajes; no son verídicos ni tienen por qué serlo. Pueden haber sido elegidos por su sonoridad, por mitos personales del autor o por razones culturales.

Por supuesto, se pueden prestar a una interpretación *sui generis*: el nombre de Emma, que fonéticamente podemos relacionar con el verbo *aimer* en francés, nos haría pensar en una persona «que ama», o más bien «que amó» (insistimos en su forma pasada); ella, infeliz en su matrimonio, se opondría a su criada Félicité (Felicidad) o al pasante Lheureux (el feliz, que será precisamente el que la lleve al suicidio); a su lado tenemos también a *Charles*, nombre que, al igual que el del emperador, nos inspiraría respeto, seriedad, seguridad...; Rodolphe Boulanger, en donde junto a la ampulosidad del nombre de pila, Rodolphe, encontramos Boulanger (panadero), apellido simplón correspondiente a un pequeño burgués de la época. Otros nombres podrían sugerirnos

[10] Ib., p. 92.
[11] Ib., p. 135.
[12] Ib., p. 142.

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes

un cierto efecto animal: Charbovary (abreviatura burlesca de Charles Bovary) podría traernos a la mente, como bien señala Juan Bravo,[13] un carro (de *char*) de bueyes (de *boeuf*, bovary), o Léon por su semejanza a *lion* o Léocadie Leboeuf con la que acabará desposándose este último.

Vemos que los nombres de Flaubert tienen un cierto grado de intensión, sin embargo el comportamiento de los traductores ha sido el ya expuesto. Aquí se abren dos posibilidades: por una parte, deberían traducirse al poseer una carga semántica siguiendo el precepto de «transparencia» del que hablábamos al principio. Por otra, esto sería desacertado, ya que se correría el riesgo de crear connotaciones que a lo mejor están ausentes en el original. Esto, sin embargo, sí debe hacerse con los apodos.

El caso de los topónimos es bien distinto. Sabemos que son verídicos. La obra está bien situada en lugares reconocibles por todos en un mapa de la región de Normandía. En general, se admite que cuando se trata de una ciudad, provincia, estado o puntos geográficos que poseen ya una forma consagrada en la lengua receptora, sí se traducen. Es más, lo contrario podría crear un efecto forzado e incluso cursi. Imaginemos a una persona hablando de un viaje que ha hecho a *London* o a *New York*.

> *On est ici sur les confins de la* Normandie, *de la* Picardie *et de* l'Ile-de-France, *contrée bâtarde où le langage est sans accentuation, comme le paysage sans caractère. C'est là que l'on fait les pires fromages de* Neufchâtel *de tout l'arrondissement* [...] *Jusqu'en 1835 il n'y avait point de route praticable pour arriver à* Yonville; *mais on a établi vers cette époque un chemin de «grande vicinalité» qui relie la route d'*Abbeville *à celle d'*Amiens, *et sert quelquefois aux rouliers allant de* Rouen *dans les Flandres.*[14]

Normandie: Normandía (1)(2)(3)(4); Picardie: Picardía (1)(2)(3)(4); Ile-de-France: Isla de Francia (1)(2)(4) / Ile-de-France (3); Neufchâtel: Neufchâtel (1)(2)(3)(4); Yonville: Yonville (1)(2)(3)(4); Abbeville: Abbeville (1)(2)(3)(4); Amiens: Amiens (1)(2)(3)(4); Rouen: Ruán (1) / Rouen (2)(3)(4); Flandres: Flandes (1)(2)(3)(4).

Así, en *Madame Bovary* encontraremos traducidos nombres como París, Normandía, Flandes, pero no así los nombres de poblaciones más pequeñas como Neufchâtel, Abbeville, Yonville. Otros nombres son un poco más problemáticos porque tienen reconocidas ambas formas; como hemos visto en los ejemplos más arriba, Rouen sólo aparece traducido (aunque, en nuestra opinión, más que una traducción es una adaptación a nuestro sistema articulatorio) por Joan Sales, quien, también traducirá nombres de calles o plazas (la rue Ganterie, la calle de la Guantería). Esto no sería aceptable si se tratara de una dirección o de las señas de una persona; aquí, al ser un texto literario, depende de la connotación que el nombre tenga para el traductor. Actualmente hablamos de los Campos Elíseos, de la Plaza de la República o del Arco del Triunfo, sin embargo seguimos diciendo el Boulevard Saint-Michel. De todas formas, entre los traductores de *Madame Bovary* es clara la tendencia a dejar los topónimos en su forma original cuando éstos no tienen una forma plenamente reconocida en español.

En cuanto a la última categoría, la de «otras formas onomásticas», también plantea numerosos problemas y los traductores toman direcciones claramente opuestas. Esto se debe a una razón muy simple: por lo general se trata de nombres con una carga importante de intensión y, por lo tanto, de significado.

---

[13] O. cit., p. 48.

[14] Flaubert, o. cit., 84.

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes

Elle s'abonna à «la Corbeille», *journal des femmes et au* «Sylphe des salons».[15]
J'ai moi-même à sa disposition une bibliothèque composée des meilleurs auteurs [...], L'Echo des feuilletons, *etc. et je reçois de plus différentes feuilles périodiques, parmi lesquelles,* Le Fanal de Rouen...[16]
Allez! Allez! [...] *tant que le* «Lion d'or» *vivra, on y viendra. Nous avons du foin dans nos bottes, nous autres. Au lieu qu'un de ces matins vous verrez le* Café Français *fermé et avec une belle affiche sur les auvents!*[17]

«La Corbeille»: «La Corbeille» (1)(2)(4) / «La Canastilla» (3); «Sylphe des salons»: «Sylphe des salons» (1)(2)(4) / «La sílfide de los salones» (3); *L'Echo des feuilletons: L'Echo des feuilletons* (1)(2) / *El Eco de los folletines* (3)(4); *Le Fanal de Rouen*: *Le Fanal de Rouen* (1)(2) / *El Faro de Rouen* (3)(4); «Lion d'or»: «Lion d'or» (1)(2) / «León de oro» (3)(4); «Café Français»: «Café Français» (1)(2) / «Café Francés» (3)(4).

La regla comúnmente admitida es que los nombres de firmas comerciales, revistas, periódicos, restaurantes, hoteles, universidades y otras instituciones no suelen o no deberían traducirse. Pues bien, observemos en nuestros ejemplos anteriores la traducción que han recibido nombres como *Le Fanal de Rouen*[18] o *L'Echo des feuilletons.* Los dos últimos autores han preferido traducirlo al castellano mientras que los anteriores han optado por dejarlos en su forma original.

De todas formas y manteniendo lo dicho más arriba, ¿sería adecuado traducir el nombre de un periódico local que no ofrece ni complicación ni juego de palabras alguno? (Imaginemos nuestros periódicos nacionales o regionales traducidos: *El País* por *Le Pays* o *The Country*; *El Norte de Castilla* por *Le Nord de Castille* o la revista *Tiempo* por *Le Temps* o *The Times*).

Sin embargo, entre estas formas onomásticas figuran también títulos de libros en *Madame Bovary* que deben ser traducidos, y de hecho lo son, cuando poseen una forma reconocida en la lengua meta. Por ejemplo, tenemos *Las mil y una noches* (cap. VIII, parte II) o *Las Conferencias* (cap. VI, parte I). Cuando se trata de alguna canción o poema menos conocido, es muy arriesgado traducirlo y es preferible mantenerlo en su lengua original, añadiendo entre paréntesis o a pie de página una aclaración de los mismos en la lengua de recepción.

Dicho todo esto, no debería tampoco admitirse la traducción de *Le Lion d'or*[19] o del *Café français*, frente a la forma castellana que de nuevo encontramos en C. Martín Gaite y en Carrier Vélez.

---

[15] Ib., p. 69.
[16] Ib., p. 97.
[17] Ib., p. 88.
[18] «Le Fanal de Rouen» tiene sus inspiración en un diario real que se llamaba *Le Journal de Rouen*, pero la dirección de éste pidió a Flaubert que modificara el nombre al incluirlo en su libro. Y así fue, para no romper el ritmo de la frase se decidió por *Fanal*, manteniendo así las dos sílabas y la terminación.
[19] Este es proveniente del famoso nombre que llevaban gran número de posadas antiguamente *Au lit on dort,* que , al irse deformando las palabras con el tiempo, han dado lugar al equivalente fonético *Au Lion d'or* que se ha convertido en el *Lion d'or.* Debido a esto, su traducción manifestaría el desconocimiento más absoluto de esta realidad.

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes

Hasta aquí hemos presentado algunos de los casos más significativos que muestra la falta de unanimidad y la ausencia de criterio a la hora de traducir los nombres propios en general y en *Madame Bovary* en particular. Hemos visto las posibles funciones de los mismos y las diferentes alternativas que tiene el traductor. Estos casos son tan sólo un ejemplo de otros muchos. No hay duda de que se trata de una cuestión no propiamente lingüística, pero de gran importancia en la traducción de un libro.

El hecho de que algunos autores hayan hablado de los nombres propios como meras etiquetas, vacías de significado, no es del todo falso. En ocasiones, un nombre propio sólo realiza un papel de identificación. Siempre hace referencia a una persona o a un lugar específicos y no nos dice absolutamente nada sobre cómo es la persona o el lugar que lleva ese nombre. Si lleváramos la traducción de estas etiquetas a sus últimas consecuencias, podríamos llegar a la pura sustitución del término francés por otro de uso equivalente en la lengua castellana. Así, los ya típicos apellidos de Smith o Dupont podrían convertirse en un García o un Rodríguez en castellano. De hecho, esto ocurre a veces.

En general, cuando el nombre es pura extensión, cuando sólo realiza un papel de identificación, no deberá realizarse la traducción y permanecerá en su forma original. Lo hemos visto en algunos apellidos y nombres de pila. Lo más importante es respetar el deseo del autor, sin añadir connotaciones que están ausentes en la forma original.

Por otra parte, la traducción es factible cuando el elemento connotativo prevalece sobre el meramente identificador y, sobre todo, deben traducirse cuando las connotaciones de sonido y significado son de especial relevancia (como ocurre en *Astérix* y en la literatura infantil).

Somos de la opinión de que no hay que traducir los nombres propios salvo en casos ya reconocidos en la lengua receptora y estamos totalmente de acuerdo con E. Bernárdez[20] cuando dice que en la traducción tiene especial importancia la connotación de diversidad cultural. Nosotros, como lectores de una obra extranjera traducida, esperamos encontrar en ella elementos definitorios de esa cultura distinta a la nuestra, y uno de esos indicios fundamentales es, sin lugar a dudas, el nombre propio.
Mediante la lectura, nos introducimos paulatinamente en otro ambiente, nos situamos en un país distinto, con una cultura propia y produciría un desencanto en el lector el ver todos y cada uno de los nombres propios traducidos, con el riesgo de caer en una traducción forzada.

No hay que olvidar que la traducción es diferente según el lector al que va dedicada y no tienen por qué ser todas iguales. De todos modos, no cabe duda de que, debido a la ausencia de criterios fijos, una traducción y todo lo que ella comporta (no hablamos ya sólo de los nombres propios, sino de todos los problemas que se pueden plantear al realizar el trasvase lingüístico y cultural) es siempre un trabajo original del traductor quien además posee un punto de vista propio y un entorno cultural determinado.

[20] E. Bernárdez, art. cit., p. 21.

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes

La Palabra Vertida. ADRADA RAFAEL, Cristina. La traducción de los nombres propio...
Centro Virtual Cervantes